

Un sueño con Rosario

Guadalupe Loaeza

El ejemplo de vida y creación de Rosario Castellanos se convirtió en un camino para las siguientes generaciones de escritoras, intelectuales y artistas en México. La poeta y novelista fallecida en Tel Aviv en 1974 antes de cumplir el medio siglo de existencia abrió en México la puerta de las posibilidades para que el trabajo de la escritura fuera apropiado con pasión por las mujeres.

Anoche tuve un sueño. Soñé que venía a Tuxtla Gutiérrez a recibir la Medalla Rosario Castellanos. Me encontraba en la sala de sesiones del Poder Legislativo del Estado de Chiapas. El recinto estaba lleno de gente. De pronto, en las primeras filas, descubrí a Rosario Castellanos. “¡No es posible!”, exclamé entre sueños. A su lado se encontraba su nana Rufina, la misma que le hablaba a Rosario niña en tzeltal y que odiaba los automóviles porque creía que eran un invento del demonio. Su nana, que la esperaba a las afueras del colegio Luis G. León, junto con su amiga de toda la vida, Dolores Castro. Cómo se hubiera reído Rosario si una gitana le hubiera profetizado que sería creado un estado de Israel, que sería nombrada embajadora de México allí y, luego, vendría un desenlace trágico y disparatado, por decir lo menos. A pesar de sus noventa años cumplidos el 25 de mayo pasado, me percaté de que Rosario Castellanos no había cambiado ni un ápice. Tenía su mismo peinado de salón, esponjado por el crepé, sus mismas cejas muy negras perfectamente delineadas, su misma boca pintada de un rojo muy intenso y sus mismos grandes ojos de miope. Con una sonrisa en los labios, vi cómo me lanzaba, desde su lugar, un beso con su mano enguantada. Rufina me sonrió. Y las tres nos sonreímos, como si estuviéramos soñan-

do el mismo sueño. A partir de ese momento, decidí dirigirme exclusivamente a Rosario. ¿Acaso no era gracias a ti que yo estaba allí? Con micrófono en mano, me encaminé hacia donde se encontraba su lugar y empecé a leer mi discurso.

Gracias, Chayito, por venir de tan lejos. Gracias, Rufina, por acompañarla. De ti, Rosario, no me sorprende. Siempre fuiste muy solidaria con las mujeres, especialmente con aquellas “que se habían separado del rebaño e invadieron un terreno prohibido”, como escribiste en alguno de tus más de quinientos ensayos.

Fuiste, Rosario, una de las periodistas mexicanas más influyentes de la década de los sesenta. Basta con leer cualquiera de tus textos publicados en el *Excélsior* de don Julio Scherer, para revivir tu inteligencia y tu enorme capacidad analítica. Gracias a la investigadora Andrea Reyes, hoy podemos conocer todo el periodismo que escribiste. Mientras leía algunos textos, te imaginaba dando tus clases, yendo al cine de la mano de tu hijo Gabriel, leyendo, tecleando en tu máquina de escribir, o bien tratando de cocinar o de atravesar la calle con cara de absoluto desamparo. Quienes te conocieron dicen que eras inteligente, divertida, que eras una gran conversadora, pero que, al mismo tiempo, eras un poco distraída y con mucha tendencia a la depresión.

Gracias a tu columna semanal, te convertiste en la periodista más leída, en la más valiente de tu tiempo. A veces, comentabas las obras de los poetas que más te gustaban, hablabas de las noticias internacionales, te referías a las obras de los filósofos. Fuiste la primera en hablar de Simone de Beauvoir y su libro *El segundo sexo*. También ibas a las reuniones de escritores, sobre los cuales dejaste unos informes interesantes. Contabas que el presidente de Venezuela llamó a muchos sabios para analizar los problemas de su país. Cuando todos terminaron de deliberar, dijeron tal cantidad de disparates que el presidente dijo: “¡Dios mío, pero qué brutos son los hombres de talento!”.

¿Cuáles eran los temas que te interesaban? Podemos mencionar, entre muchos otros: el voto de la mujer, la libertad sexual, los problemas de la juventud, la política nacional, la poesía, la burocracia mexicana, el teatro, la vida en Estados Unidos, los indígenas. Te conmovías con los problemas que tenían las mujeres indígenas. No te daba miedo entrar en polémica, pues en varias ocasiones te atreviste a contradecir a los intelectuales más destacados de tu tiempo. En uno de tus artículos te opusiste a Martín Luis Guzmán, lo hiciste con mucha valentía. Lo mismo sucedió con Octavio Paz, cuyo libro *El laberinto de la soledad* te dejó con muchas dudas.

Un día amanecías filosófica, otro, triste y quizás hasta un poco deprimida. Te deprimía el hecho de que en México no hubiera oportunidades para los jóvenes. A la semana siguiente ya eras otra, ya habías ido al cine a ver una película del Santo. Si te gustaba mucho te permitías hacer reflexiones filosóficas sobre el Santo, “quien sin quitarse su máscara de plata, aprovecha sus ratos de ocio para hacer investigaciones científicas”. El único tema que no pudiste abordar con la libertad que hubieras deseado fue al presidente Díaz Ordaz. Sin embargo, no escribiste un artículo sobre la represión del 68. A pesar de que llevabas años alertando que la juventud no podía seguir igual. Luego de octubre del 68, dejaste de publicar todo un mes. A pesar de ello escribiste el poema “Memorial de Tlatelolco”.

Respecto a tu obra literaria, hace muchos años subrayé con tinta roja en tu libro *Mujer que sabe latín*: “El mundo que para mí está cerrado tiene un nombre: se llama cultura. Sus habitantes son todos ellos del sexo masculino”. En relación a lo anterior, te contaré algo que seguramente te resultará muy familiar. Cuando murió mi padre, al otro día del entierro, se abordó el tema de su biblioteca. Entre literatura, historia, poesía, política, enciclopedias, biografías, etcétera, don Enrique dejó cerca de diez mil volúmenes. Junto con mi madre recuerdo que nos reunimos todos para discutir de qué manera se iban a distribuir tantos libros. “Yo creo que lo mejor es que todos sean para su hermano. Él es el hombre de la casa. Además, ustedes, niñas, ¿para qué los

quieren?”, sentenció doña Dolores, mi madre. De inmediato, mis hermanas mayores protestaron. Yo también me rehusé, pero naturalmente nadie me escuchó. Entonces decidí hacerlo con un poco más de fuerza. “¿Qué dices?”, exclamaron todos a una voz. “Dije que a mí me gustaría heredar algunos. Por ejemplo, los de los autores rusos”. Me vieron con absoluto desprecio. En esos momentos deseé, con todo mi corazón, volver a mi estado habitual de no existencia. “Y tú, ¿para qué los quieres?”, me preguntó mi hermano. “Pues... para... (como en mi casa desde niña se me había puesto la etiqueta de *tonta*, no me atreví a decir que para leerlos) pues... para... ¡tenerlos! Nada más para tener un recuerdo de mi papá”, afirmé tartamudeando. Finalmente, mi hermano se quedó con toda la biblioteca de mi papá. Afortunadamente, andando el tiempo, yo formé la mía, la cual, cuando me vaya contigo, Rosario, se la heredaré a mi hija.

En la misma época en que murió mi padre, te confieso Rosario, que jamás imaginé que los libros “garantizarían mi felicidad perpetua”, como decía Simone de Beauvoir cuando descubrió la biblioteca de su abuelo. Tampoco a esa edad imaginé que mi vocación sería la escritura. De hecho, durante mi adolescencia, mi peor etapa de no existencia, comencé a escribir en un cuaderno cuadrangular mis vivencias más tristes. Eran los días en que no me separaba de mi libro de cabecera: *Memorias de una joven formal*, de la autora de *El segundo sexo*. En alguna parte de su autobiografía leí y releí varias veces aquello que cito de memoria y sobre lo que reflexionaste siendo también tú una adolescente: “Como nadie me ama en mi casa, me amaré dos veces más”. Encontrándome personalmente en la misma situación, la fórmula me pareció muy convincente. En mi caso no funcionó. Al contrario, conforme pasaba el tiempo, mi autoestima caía de más en más. Andando el tiempo, continuaba sin contar con una identidad propia. Me sentía la hija de mis padres, la hermana de mis hermanas y la séptima de una familia totalmente disfuncional. Pero, ¿quién diablos era yo? Los años pasaban y yo tenía la impresión de vivir en el limbo. Por ello, no me sorprendió la reacción de mi madre cuando, a los 38 años, le anuncié que me divorciaría. Como un rayo caído del cielo, doña Lola espetó: “¡Estás loca. Pero si tú quién eres. ¡No eres nadie!”. Casada, con tres hijos, no era nadie. Recuerdo la primera vez que me sonrió mi hijo mayor, siendo él un bebé de tres meses. No lo podía creer, “¿de verdad me habrá sonreído a mí?”, me pregunté totalmente insegura. Gracias al psicoanálisis, a las lecturas de tus libros y de otras autoras y a la escritura ya como oficio, comencé a percibir con mayor nitidez mi propia imagen en el espejo. Cada vez que puedo, invito a mis lectoras a tomar su destino entre sus manos y a vivirlo plenamente.



© CONACULTA

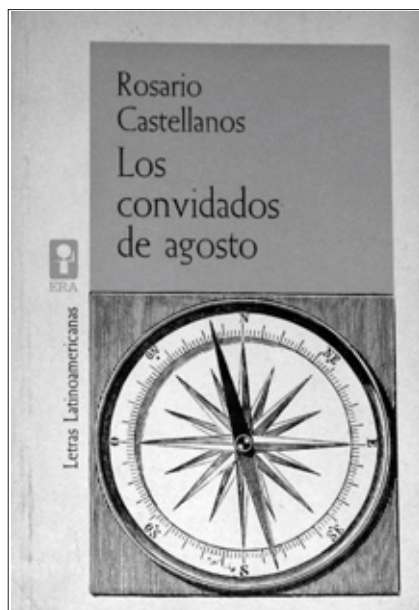
Rosario Castellanos

Hace muchos años me uní a un grupo de ciudadanas ávidas por entender lo que sucedía en nuestro país. Entre todas teníamos mucho en común: nos habíamos casado vírgenes, éramos ex alumnas de colegio de monjas y éramos burguesas, con un enorme hueco en nuestro fuero interno. No obstante, en el grupo había dos o tres que nos habíamos divorciado a principios de los ochenta. Nos habíamos atrevido “para tener acceso a la autenticidad”, como dice una de las protagonistas de tu cuento “Álbum de familia”. Corría el año de 1994 y acababa de suceder una crisis económica, de triste memoria, llamada “el error de diciembre”, la cual provocó una terrible devaluación del peso mexicano. Todos los jueves nos reuníamos en el parque Rosario Castellanos, muy cerca de Los Pinos. No fue casual que hubiéramos elegido precisamente ese lugar de encuentro. Sentíamos que tu nombre nos cobijaba, le daba sentido a nuestras reuniones y nos inspiraba para dejar de ser las típicas señoras “resignadas a soportar una estructura inamovible”. En algunas ocasiones, sentadas en el pasto, leíamos uno de tus poemas o bien, uno de los textos del periódico *Excélsior* donde colaboraste asiduamente de 1963 hasta 1974, la época dorada de don Julio Scherer.

Recuerdo que nos devorábamos, muertas de la risa, tu libro *Lección de cocina* y el discurso que dijiste frente a Luis Echeverría, “La abnegación, una virtud loca”, en donde hablas de la falta de equidad. Cuando nos despedíamos, nos sentíamos más estimuladas y contentas de como habíamos llegado. Teníamos la impresión de haber pasado una mañana con Rosario Castellanos, cuya presencia espiritual nos había fortalecido. Uno de esos

jueves decidimos llevarle una carta al flamante presidente Ernesto Zedillo. El 12 de enero de 1994 marchamos 200 mujeres hacia la casa presidencial. Necesitábamos protestar de una forma “descarada y franca” para abandonar la situación de inferioridad en la que la mayoría de las ciudadanas vivíamos. Cometimos un error, un grave error. A nuestra comitiva de señoras de Anzuces, de Polanco y hasta de Satélite, se unieron por petición de algunas de estas señoras, sus respectivas trabajadoras domésticas. Esa mañana, muy preocupadas por su imagen, procuraron que su “muchacha” se encontrara perfectamente bien uniformada. Su misión consistía en llevar ya sea las mantas o alguna pancarta con consignas que exigían nuestros derechos. “¿Sabe por qué está aquí?”, les preguntaban los periodistas a los que se les avisó de la marcha. “No sé. A mí nomás me dijo mi patrona que viniera... y pus vine”. Inútil decirte, Rosario, lo criticadas que fuimos al otro día. La prensa no nos bajaba de “burguesas ridículas”. Algunos titulares decían: “Furiosas porque habían subido un 10 por ciento a las tarifas del teléfono”. Para colmo, nadie de la Presidencia nos recibió. El contenido de nuestra carta exigía honestidad en el manejo de los fondos públicos para facilitar el camino para la democracia.

A pesar de ello, no claudicamos y continuamos reuniéndonos todos los jueves en tu parque. Treinta días después de nuestra marcha frustrada, se constituyó ante notario la Asociación de Mujeres en Defensa de los Derechos Civiles, AMDEC. El 14 de febrero en tu parque todo asoleado, después de leer nuestra primera declaración de principios como asociación civil y apartidista,



brindamos por Rosario Castellanos, cuya obra nos había enseñado a creer en nosotras mismas. De alguna manera y al cabo de muchos encuentros, discusiones y reflexiones en torno a nuestras protestas, esas “niñas bien” que habían tomado la calle, de la noche a la mañana se habían convertido en “ciudadanas de bien”. Algunas organizaron otros grupos de mujeres en el interior de la República. Magdalena y Carmen se fueron a Chiapas, aquí en tu estado. Fueron a La Realidad para colaborar junto con el Subcomandante Marcos. No faltaron las que comenzaron a hacer trabajos altruistas, o bien colaboraban en orfanatorios o en hospitales para enfermos leprosos. El caso es que esos años todas te leíamos con fervor.

Hablemos mejor de Chiapas. Hablemos de tu arraigo que siempre tuviste con tu estado y con San Cristóbal y, naturalmente, ¡con Comitán!

Hagamos, pues, un poco de historia.

Después de haber pasado por un principio de tuberculosis, de problemas económicos y sentimentales, en suma, dos años catastróficos, regresaste ya no a Tuxtla, sino a San Cristóbal, donde trabajaste en el Instituto Nacional Indigenista y ganabas 500 pesos mensuales. Te preocupaba la situación miserable de los indígenas, querías recuperarles la memoria de su dignidad, erguirlos e inquietarlos, hacerlos mover con soltura en un terreno desconocido, el de ¡la igualdad! Pero no sabías cómo ayudarlos. En abril de 1956, escribiste en *Excelsior*: “Mientras sigan considerando que el indio no es una persona sino una cosa, y que robarlos, despojarlos no es delito; y que la superioridad de una raza sobre la otra justifica todos los abusos, poco habremos ganado”. Afortunadamente tu ángel de la guarda empezó a averiguar de qué manera podías contribuir para lograr lo que tanto aspirabas. Fue tu ángel el que te sugirió al oído que había que organizar un teatro guiñol. Empezaste a trabajar con la sección de Salubridad para planear una

campaña de vacunación contra la tosferina. Redactaste un texto para una obra de teatro. Tus compañeros, prácticamente todos ellos indígenas, eran los encargados de manejar los muñecos y traducir tus textos en tzeltal y tzotzil. He aquí cómo narras todo el proceso:

Se ensaya. Y el día señalado vamos al paraje en que la vacunación se va a iniciar. Se arma el teatro, aparecen los muñecos, saludando al público, haciendo una pequeña pantomima en la que hay tropezones, golpes, y juegos de palabras que divierten mucho y acaparan su atención. Entonces empieza a desarrollarse la comedia. El público interviene constantemente, preguntando, mostrando su incredulidad o sus reservas; y los muñecos insisten, explican, aconsejan. La gente, que no nos hubiera creído a nosotros una palabra sobre la utilidad de la vacuna, se la cree al muñeco y se deja vacunar. Que era de lo que se trataba.

En esos días, tú, Rosario, eras feliz, montando a caballo, haciendo amistad con los indígenas e hincándoteles para que por favor se peinaran. También dabas clases de literatura hispanoamericana en la escuela preparatoria de San Cristóbal. A tus alumnos de la escuela de Leyes, de Filosofía y Derecho, no nada más querías hablarles de novelas y cuentos sino que deseabas hacerles cambiar su opinión acerca de los derechos de los indígenas. “Es muy importante hablar con quienes ya van a salir a ejercer su profesión, en este ambiente en que la injusticia es una tradición”, le escribiste al doctor Elías Nandino el 3 de marzo de 1957. Durante tres años trabajaste duro, muy duro junto con José Díaz Núñez y Marco Antonio Montero. Escribías los textos para el teatro. En ese lapso se fabricaron nuevos tipos de muñecos en cuyos rasgos se copiaban los rasgos faciales de los indígenas, se vistieron con trajes típicos como los que usan los habitantes de los pueblos. Pero lo

más importante, en esos días, surgieron dos personajes, dos héroes: Petul y Xun; Pedro y Juan, según los dialectos. El primero era el listo, el inteligente y el que estaba contra las supersticiones. En cambio, el segundo no quería asistir al Instituto para alfabetizarse y en lugar de ir al médico va con el brujo y permite que sus hijos mueran de tosferina porque no quiere que sean vacunados. “Mira, Xun, los vientos no están encerrados en una cueva. Los ríos corren hacia el mar. Te tienes que vacunar porque si no lo haces te va a dar tosferina. Tienes que usar el DDT”, le explicaba Petul. Con el tiempo Petul se convirtió en el buen amigo del pueblo, le tenían tanta confianza que hasta lo invitaban a apadrinar a los recién nacidos. Petul era como el protector de la fertilidad de la tierra y de los hombres. Petul, el *hombre de razón*, se convirtió en un mito y en una fuerza natural. Así fue el Teatro Guiñol del Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil, con sede en La Cabaña, San Cristóbal, metrópoli cultural de los Altos de Chiapas. Y para darle punto final a tu misión de santa, porque eras una verdadera santa, mi querida Rosario, escribiste un libro de lectura en el que contaste la vida de algunos mexicanos.

Dice José Emilio Pacheco que en ti habitaban dos personas distintas: “una escribía los poemas más trágicos y dolorosos de la literatura mexicana; y otra se presentaba al mundo bajo un aspecto de tal manera gentil y risueño que sólo es posible recordarla con palabras que se dijeron de otro poeta: ‘Su presencia era mágica y traía felicidad’”. En una de tus cartas dirigidas a tu marido, el filósofo Ricardo Guerra, escrita desde Comitán el 7 de agosto de 1950, le dices: “¿No le ha pasado nunca eso de sentirse inexistente? Pues en mí esa inexistencia es una mala costumbre adquirida en mi infancia. Sucede que era yo flaca y horrible. Pero tan flaca que ya casi no tenía yo cuerpo y entonces me sentía yo vagando por el aire como un puro fantasma. Luego en las noches me dedicaba yo a soñar que estaba muerta y al día siguiente no podía yo acertar a sentirme viva”. ¿Cuántas mujeres no hemos padecido esa sensación de inexistencia? ¿Cuántas desde niñas no optamos mejor por borrarlos con una goma gigante antes de sentirnos transparentes frente a los demás? Y, ¿cuántas no asumimos resignadas nuestra propia devaluación? Cuando eras niña, tenías un hermano menor que tú, quien murió de una crisis de apendicitis. Tus padres te dieron a entender que era una injusticia que el varón de la casa hubiera muerto y que en cambio tú continuaras viva. “Siempre me sentí un poco culpable de existir; durante todos esos años hubiera querido pedir perdón a todo por estar viviendo y me sentía yo culpable... [...] Allí tiene usted la raíz de todo; una raíz amarga y difícilmente extirpable”, le escribe Rosario a Ricardo Guerra. No en balde escribiste tu poema “Autorretrato”: “Sufro más bien por hábito, por herencia, por no diferenciarme más de mis congé-

neres que por causas concretas. / Sería feliz si yo supiera cómo. Es decir, si me hubieran enseñado los gestos, los parlamentos, las decoraciones. / En cambio me enseñaron a llorar...”.

Confieso que durante muchos años me incliné más por la Rosario-triste, la devaluada e insegura. Desconocía que tenías un gran sentido del humor cuyo sarcasmo inteligente y perspicaz se advierte en muchos de tus textos periodísticos. Gracias a los tres volúmenes publicados por Conaculta, *Mujer de palabras*, ahora siento que te quiero doblemente y te admiro aun más. Sin exagerar declarararía que de tu obra me gusta todo: los cuentos, los ensayos, las cartas, las novelas, los textos periodísticos y tus relatos autobiográficos. Me gusta tu compromiso con las mujeres y los indígenas de Chiapas. Me gusta tu humor ácido cuando describes a las “copetudas”. Me gusta tu admiración por Simone de Beauvoir y Simone Weil, así como hacia poetas como Sabines, Pellicer y Gorostiza. Me gustan tus análisis filosóficos respecto a la manera de ser de los mexicanos. Pero lo que más me gusta es tu autenticidad.

Para terminar, mi querida Rosario, te invito con todo cariño a viajar en el tiempo, al fin que en los sueños todo se puede. A ti que te gustaba leer tanto la prensa y que eras tan curiosa, te propongo que hojeemos juntas los diarios del país, días después de tu partida. Prométeme que no te pondrás triste y que lo tomarás con el sentido del humor que tanto te caracterizaba. Leamos, por ejemplo, al reportero de tu periódico, *Excelsior*, Marco A. Carballo. El 9 de agosto de 1974 escribió:

“Bajo la copa casi amarilla de un fresno y junto a los restos de Jaime Torres Bodet y de David Alfaro Siqueiros, en la Rotonda de los Hombres Ilustres, fue sepultada Rosario Castellanos, poetisa, escritora y periodista. Después de una rápida memoria, por la persistente lluvia otoñal, un grupo de personas —mujeres en su mayoría— observa la tarea de los cuatro sepultureros que cubren con coronas y arreglos florales la húmeda tierra”. Qué estilo, ¿verdad, Rosario? Los reporteros de ahora ya no escriben así. Tú que odiabas los homenajes, déjame decirte que antes de llegar a la Rotonda de las Personas Ilustres, como se llama ahora, te homenajearon en la Secretaría de Relaciones Exteriores y en el Instituto de Bellas Artes. Allí, cubrieron tu féretro con la bandera mexicana, sobre la cual se encontraba una corona con bandas negras en la que estaba el nombre de la ex primera ministra de Israel, Golda Meir. Hicieron guardia el rector de la Universidad, Guillermo Soberón; el secretario de Educación, Víctor Bravo Ahuja, y el de Relaciones Exteriores, chiapaneco como tú, Emilio O. Rabasa: “Hoy es un día de luto para México”, apuntó.

Esa mañana tan gris y mojada, las que estaban sumamente desconsoladas eran María Luisa Mendoza y tu amiga entrañable Elena Poniatowska. También un grupo

de chamulas se veía visiblemente afectado. ¿Quién crees que se veía particularmente triste mientras hacía guardia al lado de tu féretro? El gobernador, el doctor Velasco Suárez. Minutos antes había anunciado que el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas te rendiría una serie de homenajes. “Se trata de una pérdida irreparable”, señaló el mandatario chiapaneco. “Las letras pierden uno de sus más limpios valores; una inteligencia extraordinaria. Rosario Castellanos nos honra y nos honrará siempre”. Algo que seguramente te dará mucho gusto saber es que Abba Eban, ex canciller de Israel, escribió un artículo en el *Jerusalem Post* como un homenaje póstumo. Muy serio dijo: “Cuando el presidente Echeverría nos envió a Rosario Castellanos como su embajadora, sabíamos que México estaba haciendo un gesto especial de cordialidad y respeto hacia Israel. La embajadora era una mujer de profundos instintos humanos y poderosa intuición intelectual”, expresó Eban. El “Diorama de la Cultura” te dedicó todo el suplemento. Allí, García Cantú escribió un texto larguísimo sumamente evocativo en donde habla de su amistad y de todo el bien que hiciste entre los indígenas.

¿Te divertiría qué dijo de ti la comunidad intelectual? En las páginas interiores de *Excelsior* del 8 de agosto de 1974, además de decenas de esquelas, muchos es-

critores y poetas manifestaron una gran consternación. Ramón Xirau, abatido, aseguró que fuiste una espléndida escritora, una poeta de alta calidad y una persona “moralmente de primera”. David Huerta, quien fuera tu alumno, manifestó que tu poema “Lamentación de Dido” era uno de los mejores del siglo. Por su parte, Salvador Elizondo declaró: “En un país como el nuestro donde la mujer cobra cada vez más importancia, el trabajo literario de Rosario Castellanos tiene una dimensión muy grande”. Aseguró que la noticia lo dejaba asombrado. “Es una autora que descende de la tradición de grandes poetisas femeninas de nuestro país, como Sor Juana”. Carlos Pellicer, entonces presidente de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, aseguró que en tus narraciones había una muy notable valentía al hablar del indígena: “Nos hace pensar —señaló— en que sólo un espíritu altamente humano trata un tema como este en la más elemental justicia”. Curiosamente, Octavio Paz no se refirió a tu obra literaria, sino a tu “honradez contigo misma y con el mundo”. No te rías, Rosario, eso dijo el autor de *El laberinto de la soledad*. Por último, la ex primera ministra Golda Meir, comentó en Tel Aviv: “Quiero que el pueblo de México sepa que me siento profundamente consternada por el deceso. La señora Castellanos fue una mujer muy culta e inteligente que llegó a mejorar y estrechar las relaciones de los dos países”.

Buscando, buscando notitas en los diarios, encontré una que decía: “Cuando la señora Castellanos tuvo el accidente, el chofer de la embajada, al ver lo que acontecía, retiró a la señora de la lámpara y la recostó en un sofá. Inmediatamente se avisó a una clínica, la cual envió una ambulancia, pero la señora Castellanos falleció en el camino. La señora Castellanos había hecho muchos amigos en Israel y era excepcionalmente estimada. Además de las labores de su cargo, impartía la cátedra de literatura en la Universidad Hebrea de Jerusalén”.

Cuántos homenajes, cuánto amor y cuánto dolor provocó el hecho de que te hubieras ido de este mundo tan joven y de una forma tan absurda. Por otro lado, mi querida Chayito, qué vida tan fecunda la tuya.

Pienso que hoy más que nunca existes. Estás viva en tus libros, Rosario, y estás viva en la vida de muchas mujeres quienes gracias a ti, ¡existen! Por lo que a mí respecta, afortunadamente, ya no vivo la no existencia y menos si, efectivamente, mi sueño se hace realidad y me otorgan la medalla Rosario Castellanos, porque para mí será un premio, un reconocimiento, pero sobre todo un privilegio unir tu nombre con el mío. En suma, un sueño realizado.

Muchas gracias. **U**

Discurso leído durante la recepción de la Medalla Rosario Castellanos, en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, el 7 de agosto de 2015.

© Bernice Kolko



Rosario Castellanos en Ciudad Universitaria